



Literatura

El ciego y la hetaira

EL pobre ciego, que pasaba por la vida buceando siempre, con su violín enfundado á la espalda, su báculo estrepitoso en la diestra, mientras la siniestra se orientaba á su modo, había tropezado.

Una pequeña herida sobre la frente, manaba sangre negra, sangre famélica.

Detenido en su camino; rodeado de un grupo de curiosos; consolado por la mera solicitud de las recomendaciones; ardiéndole la llaga, tembló todo él, cuando un pañolito humedecido, se aprestó á refrigerarle...

Unas manos femeninas, amorosas, místicas, se afanaron con cariño fraternal en curar al ciego que, siendo un hombre, bien parecía un niño.

En los ciegos, sobre todo en los de nacimiento, sucede que conserva su rostro un dulce gesto seráfico de inocencia y de infantilismo. Esto les hace emocionantes y amables.

La bella mujer que le consuela con la oleaginosa caricia de sus palabras y de su celo, es una hetaira. Quizá es el prólogo de una Magdalena ó de una Carlota Corday...

Sus pendientes fastuosos y falsos, sus crenchas divisas en dos cocas consteladas por los brillantes de sus peinetas, ojerosa, sin corsé, desbordada, todo su aspecto juvenil, mañanero, descompuesto, sin coquetería, reverberaba franqueza y familiaridad...

—¿Te duele menos?—le pregunta con un acento nítido, fervoroso y bueno.

El ciego sonríe.

Una voz canalla le interpela entre el grupo:

—¡Qué suerte tienes! Con gusto me pondría en tu lugar, herido y ciego, con tal de que una mujer tan hermosa restañara mi llaga!...

El rostro angelical, insexuado, tímido y bondadoso del ciego se ha demudado súbitamente, y la lujuria, aventurando sus manos, ha tenido un desplante histérico.

Entonces la hetaira, solemne y frenética, le ha golpeado con encarnizamiento.

Todo el desprecio que sentía por los hombres se ha incendiado en un instante.

Ella, que ha sentido al consolarle un inefable afecto lustral, que había experimentado un dulce encanto al imaginar la pureza mirífica, ablucioada, impoluta, de su silueta refleja en el espíritu del ciego; de pronto, al conjuro de una tentativa balbuciente de concupiscencia, vió fracasar su orgullo, su emoción y disiparse su aureola.

Era como los demás, y ya que los ojos no eran en él su prejuicio barragán, lo eran sus oídos...

Estaba sentenciada á ser en todos otra cosa que ella misma, como se estimaba en el fondo, bajo el estigma del destino...

Y ante esta obsesión, se alejó con melancolía, blasfemando.

Madrid.

R. GÓMEZ DE LA SERNA.

EN PAZ, Ó DESPECHO EN COPLAS

Para PERO GRULLO.

¿Que tú me has querido un poco
y yo te quise de veras?
eso no se niega nunca,
ni se discute siquiera.

¿Que tu madre, vanidosa,
dice que no te quería?
¡Pues, si oyese lo que cuenta
de tu falsedad, la mía!..